

Fantasia Astronómica

Grandes fiestas se preparan
en los ámbitos del cielo;
que esta noche se desposa
la luna con un lucero.

El Mar le dará el vestido
celeste de boda regio;
y el Himalaya, su blanca
mantilla de terciopelo.

La Corona Boreal
será cinta de su pelo;
se irá con La Cruz del Cisne
colgada sobre su pecho.

Apolo será el padrino;
la madrina será Venus;
y Sirio y Vega, testigos
del magno acontecimiento.

Ejércitos de cometas,
cual heraldos vocingleros,
por soles y nebulosas
ya anunciaron el suceso.

Llevarán, cual corresponde
a cónyuges tan excelsos,
de planetas y satélites.
lucido acompañamiento.

Hércules, por lo arrogante,
abrirá paso al cortejo,
entre mundos curiosos,
cuando marchen hacia el templo.

Gran prócer de las alturas,
tan liberal como espléndido,

Júpiter, en sus salones,
ha preparado el refresco.

Para novias e invitados
serán solaz y contento,
los acordes de La Lira
que habrá de tañer Perseo.

De alboradas y de ocasos
habrá desfiles soberbios,
y se harán con aerolitos
mil caprichos pirotécnicos.

A Plutón, cuando se casen,
irán, sin perder momento,
que ya, sabedor del caso,
les preparó alojamiento.

Y porque cómodamente
hagan, y rápido el vuelo,
Saturno les ha ofrecido
las alas de su sombrero.

Que aunque Pegasus y El Carro
también se les ofrecieron,
no aceptan, porque suponen
que habrán de tardar más tiempo.

Prolongarán su viaje
hasta el confín de los cielos,
y después, por La Vía Láctea,
emprenderán el regreso.

Y en La Polar, según dicen,
se habrán de quedar viviendo,
donde Asteroïdes mosquitos
no les perturben el sueño.

VICENTE NERIA

LOS APELLIDOS DE LOS APOSTOLES

(CUENTO)

MANOLITO está preocupadísimo. La cosa no es para menos. Se acerca el día de la patrona y no tiene más remedio que confesarse con don Julián, único sacerdote del pueblo.

Su situación es algo complicadilla, la verdad. Don Julián es su profesor, le está preparando para hacer el ingreso en el Instituto, en cuyo examen lo suspendieron en el pasado mes de Junio, por lo cual tiene que repetirlo en Septiembre.

Manolito tiene diez años. Además de tener diez años, cuenta con una mentira gorda, muy gorda, en su conciencia. En realidad, esta mentira no le pesaba mucho, ni le había quitado el sueño hasta ahora. ¡Cómo se le ha complicado la vida al pobre!

Manolito comprende que no hay escapatoria posible. En el pequeño pueblo el día de la patrona confiesa y comulga todo el mundo. El lo hizo también los años anteriores, lo mismo que sus padres, muy religiosos por cierto. ¡Menuda cara le pondrían éstos si ahora salía diciendo que no quería confesarse aquel día! Don Julián —uno de los engañados por su mentira—era el único sacerdote del pueblo y con él tenía que confesarse a la fuerza. No podía recusarlo sin despertar graves sospechas. He aquí lo peliagudo del caso.

No; no había escapatoria posible por más vueltas que le daba al asunto. Tan preocupado andaba Manolito, que hasta se olvidaba de jugar, y ya sus padres empezaban a extrañarse, preguntándole si estaba enfermo. Incluso don Julián había notado algo al tomarle las lecciones, pero lo atribuía a la proximidad de los exámenes que repetía.

—¡Pobrecillo!—, pensaba don Julián, mirando a su alumno— ¡Qué injustamente lo suspendieron en Junio!

El corpulento don Julián, muy amigo de los padres de Manolito, visita ordinaria de la casa, era un buenazo y un tanto ingenuo. Todos sus rústicos feligreses le querían mucho y le consideraban un pozo de ciencia. Había que oírle aquellos sermones de las grandes solemnidades, en que su voz estentórea atronaba la iglesia y parecía que la bóveda se venía abajo. No, en cuestión de sermones no había ningún cura de la comarca que le pusiese el pie delante.

Los padres de Manolito, labradores acomodados, le habían roga-

do con insistencia que preparase a su chico para ingreso en el Instituto, labor a la cual se había prestado pacientemente desde comienzos de curso. Aunque no muy estudioso, el alumno era listillo—no tanto como sus padres creían, pero, desde luego, no era torpe el rapaz—y por ello todos se las prometían muy felices en los exámenes. Marchó Manolito al Instituto de la capital con su traje nuevo, acompañado de su padre, una hermosa mañana. Al coche de línea acudieron a despedirlos varios amigos de la familia—fuerzas vivas de la localidad—, entre ellos el alcalde, el juez de paz y el párroco don Julián, que en la carretera le dió al muchacho las últimas instrucciones.

En el examen de ingreso suspendieron a Manolito. Terrible tragedia. Cuando le llamaron en el ejercicio oral, su padre salió del aula para que el chico no se pusiese nervioso, o quizá para no ponerse nervioso él.

Manolito falló en algunas contestaciones. Le preguntaron, entre otras cosas, los nombres de los apóstoles y no supo responder bien. Solamente se acordaba de San Pedro, por aquello de las llaves. A la salida del aula, teniendo aún las orejas calientes, su padre le estrechó a preguntas:

—¿Has contestado a todo? ¿Qué te preguntaron? ¿Cosas difíciles?

Manolito, que ya barruntaba el suspenso, no sabiendo por donde salir, dijo:

—Me preguntaron cosas muy difíciles..., me preguntaron... los apellidos de los apóstoles.

—¡Atiza! ¿Eso te preguntaron? ¡Qué barbaridad!

Con unas magníficas calabazas regresaron al pueblo padre e hijo.

—Me está bien empleado, por no buscar recomendaciones—decía el honrado padre de familia a todo el mundo.

Cuando se enteró don Julián, no salía de su asombro y exclamaba:

—¿Es posible? ¿Los apellidos de los apóstoles? ¡Pero si los apóstoles no tenían apellido, que yo sepa! ¡Qué incultura en un catedrático de Instituto!

Pero se tragó la bola. Dió resultado la mentira improvisada, sin saber cómo y con ella Manolito justificó su fracaso. ¡Haberle preguntado a la criatura los apellidos de los apóstoles nada menos! ¿Quién era el guapo que salía airoso de tan dura prueba?

Todo había marchado a pedir de boca. Pero ahora surgía una tremenda dificultad. Manolito tenía que confesarse necesariamente con don Julián, como lo hacía siempre, y no se atrevía a callarse aquella mentira. Sabía de sobra que en la confesión no puede callarse ningún pecado. Su conciencia no se le permitía, pero, ¿qué cara pondría su confesor al enterarse de que lo había engañado como a un bobo? Era muy fuerte el trago de aquella confesión y el chiquillo sudaba, buscando un pretexto para zafarse.

Todas sus cavilaciones fueron inútiles. Llegó la víspera del día de la patrona. Su esperanza de que viniese algún cura de fuera se-

desvaneció. Llegarían, sí, al día siguiente, dos sacerdotes, pero solamente para la misa, sin confesar a nadie.

¡Qué terrible fué para él aquel examen de conciencia antes de confesarse! Don Julián acogió a su alumno en el confesionario con la mayor familiaridad, poniéndole una de sus manazas encima del hombro.

Manolito, poco a poco, lo confesó todo, dejando para el final el embuste del examen. Con valentía fué desembuchando:

—A mi padre... y a usted..., les dije una mentira. Cuando me examiné me preguntaron..., me preguntaron... los nombres de los apóstoles..., los nombres nada más, y yo dije que me habían preguntado los apellidos.

Don Julián, súbitamente interesado en lo que oía, no pudo contenerse.

—¡Pillo! ¡Pillo!—, exclamaba con voz ahogada, saltando casi en el asiento—. ¡Sinvergüenza! ¡De manera que los apellidos, eh! ¡Ya me parecía a mí que aquello no era posible!

Y Manolito, todo encogido bajo la garra del presbítero que le apretaba el cuello, deseaba en aquellos momentos que se abriese la tierra y lo tragase a él, a don Julián y al confesionario.

Pero pasó la rociada, y el cura no tuvo más remedio que darle la absolución, haciendo grandes esfuerzos por no tirar de las orejas al pequeño penitente.

Al salir de la iglesia, Manolito respiró a pleno pulmón el aire fresco de la calle que acariciaba sus ardientes mejillas. Pensó en el secreto de la confesión que don Julián estaba obligado a guardar.

Y al regresar a su casa a merendar, con más apetito que nunca, corriendo unas veces y saltando a trechos a la pata coja, se notaba más ligero que antes. ¡Era el enorme peso que se había quitado de encima!

FERNANDO VILLALBA DIEGUEZ

ACORDE LIRICO

IV

Mi vida es árbol desnudo

que azotan todos los vientos.

¡Aunque sueño primaveras

soy un cadáver por dentro!

PEDRO ROMERO MENDOZA